

# ANDALUCIA ORIENTAL

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

II

Director: FRANCISCO VELARDE

Año. I Núm. 3.

ALMERIA, 11 de FEBRERO de 1926

Redacción: Marco 7

YA SABEMOS DE INGRATITUDES

## Nuestras rebeldías

Aún cuando hubimos de surgir a la vida periodística con el ánimo saturado de sanos optimismos, no podíamos por menos de esperar un comentario de la opinión pública: aquél ha sido favorable; ésta ha sido benévola, aún sin embargo de ciertas asperezas nacidas en su seno, y que están un tanto justificadas como que constituyen las necesarias excepciones.

Un sector, insignificante por fortuna, de la opinión, nos ha conceptualizado de modestos jóvenes, sin apasionamientos ni rebeldías.

Y no se equivocan los que tal verdad afirmaron; tanto más, cuanto que solemnemente confesamos, como ratificación al concepto por ellos definido, que ni somos ni seremos apasionados, ni rebeldes con lo que no debemos ni podemos serlo: con la religión del Estado, que es, felizmente, la que profesamos. Poner nuestros esfuerzos y acumular nuestras ansias ante la herencia de nuestros mayores, sería poner nuestro cerebro en pugna con el corazón, con nuestra propia conciencia; poner nuestros entusiasmos al servicio de la religión que profesamos, es sumirnos en la satisfacción que ofrece y que presta el cumplimiento de un dictado de nuestra conciencia.

Pues, que las rebeldías y los apasionamientos deben desarrollarse exclusivamente en el campo político-social, así nosotros, seremos apasionados con lo que de anómalo nos ofrezca la política e indómitos rebeldes ante los defectos y ante la ponzoña que la sociedad moderna nos ofrece como recompensa a nuestro vivir diario.

## Corazones de piedra

Un caso frecuente en novelas de carácter sentimental, ha sido objeto de una viva realidad en estos últimos días y en esta misma provincia.

En los alrededores de un pueblo donde se consumen calladamente los sentimientos más sagrados en la prodigalidad de sus crímenes, enemigo de la soledad de los campos y en un amanecer invernal, se ha encontrado envuelto en pañales, un ser recién nacido. Realidad tan viva como dura, tan fría como hueca de nobles sentimientos, tan negra como el corazón de los que hoy han realizado la fechoría de abandonar un hijo suyo.

Las circunstancias que hayan concurrido para cometer este acto de lesa humanidad, las ignoramos; pero sean las que fueren, no pueden atenuar la responsabilidad de los protagonistas.

Por lo general, suele acaecer, que estos casos de premeditada maldad, se cometen con el propósito de correr un velo, que cubra aparentemente ciertas manchas, que la sociedad considera como un estigma, y de esta forma seguir luchando sin desdoro entre el mundanal ruido, con el sello de la honestidad.

Esas manchas, pueden y deben lavarse sin necesidad de tápujos que no cubren nada, sino con el estoicismo y alteza de miras a que tiene derecho el que vio la luz del día en condiciones que están al margen de los trámites legales establecidos.

La peor solución que se puede dar es la del abandono; puesto que no hay razón alguna que pueda, no justificar, sino simplemente alegar, en favor o disculpa de los que por temor, vergüenza o por lo que fue-

se, consintieron y ejecutaron un hecho de tal naturaleza.

¿Quién no ha tropezado en el camino de la vida? ¿Puede nadie vanagloriarse de no haber caído, o de no caer alguna vez?

Cuando la desgracia se ceba en nosotros, cuando la fatalidad nos persigue; cuando en un momento de ofuscación cometemos actos que repudian a la conciencia; cuando la serenidad y firmeza de ánimo nos dejan y, por consecuencia, nos vemos arrastrados hacia el arroyo; cuando se tropieza y cae, lo más digno, lo más honroso, lo más humano, es incorporarse fuertes y hombres, y con una voluntad capaz de subsanar el yerro o de reparar la falta, acometer con brío la empresa redentora, con una mano puesta en el corazón, que exige el cumplimiento del deber, y con la otra, apartando los prejuicios maliciosos que forzosamente han de salir al paso, y saltando por encima de los obstáculos que esta sociedad defectuosa ha puesto para postergar al caído, vencer y redimirse.

Ese es el camino a seguir cuando la desgracia se obstina en desorientar y entorpecer la marcha normal de la vida; lo demás es cobardía o instintos refinados de crueldad.

Se ha pretendido salvar el honor con un procedimiento que verdaderamente ha quedado mancillado. Ha sido mucho peor el remedio que la enfermedad.

La tierna e inocente criatura, con los puños cerrados y dando manotazos al aire, exteriorizaba su indignación; y mirando al cielo, parecía suplicar al Dios Misericordioso, clemencia y perdón para esos padres desalmados, que tal vez no conozca nunca, y un poco más de blandura y humanitarismo en los corazones de los hombres, que se atreven a poner en práctica injusticias y crueldades, que las fieras de las selvas siberianas se negarían a ejecutar.

FRANCISCO VELARDE.



ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA



## INQUIETUD

No sé quién eres, ni por quién suspiras... si vés dentro de mí o eres mi sombra... Mas siempre el labio sin cesar te nombra en este afán de hallarte que me inspira.

¿Por qué no llegas a la cita? Vente. Siempre te busco sin jamás hallarte. Se va la juventud sin encontrarte. ¡Oh, la pérdida juventud tiene!

A veces en la sombra de mi estancia, creo percibir la pálida fragancia de tu voz rumorosa que me nombra.

Me incorporo de afán; que llegas creo. Y al extender los brazos, sólo veo la sombra de mis brazos en la sombra.

Luis G. HUERTOS.



## NUESTROS TRIBUTOS

### HOMENAJE A ALMERIA

«Mi mayor orgullo es haber nacido en esta bendita tierra de Almería, aunque me entristece el ostracismo en que la apatía de sus hijos, y para cuyo resurgimiento, causa noble a la que todos debemos dedicarnos, no cesará de luchar mi pobre pluma.»

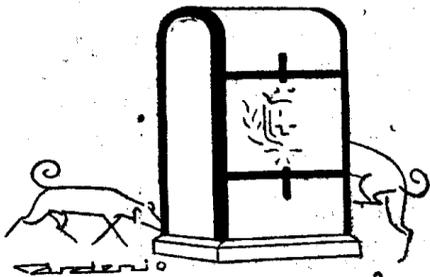
ALISOGRÍ.

## SE VENDE

Con 250 ejemplares debidamente rectificados en Enero del presente año, se vende la propiedad literaria y clichés de la importante obra «Anuario de Almería y su Provincia».

Dirijirse a su propietario, don Ramón Rodríguez Martínez, calle de Luis Salute n.º 22.

## UN INVENTO, por GARDENIO



Ingenioso aparato que colocado en el centro de una calle impide que los perros alcen la pata en las esquinas.

## PÁGINAS DE LA VIDA

# CON MUCHA NOBLEZA.

Una noche de invierno fría y lluviosa. Dos golfillos están, ateridos, ante una de las ventanas del elegante restaurant que hay en la ciudad. Desde la calle, con los ojos desmesuradamente abiertos, miran envidiosos los manjares que llevan los camareros de unas a otras mesas. Los tziganes hacen sonar los instrumentos musicales.

Un golfillo (al otro).—Mira; Chuchi, qu'ansioso es aquel tío. S'ha comió lo menos 4 platos rebosantes. Y la furcia que está con él no ha probao un bocao siquiera. ¡La muy tonta! ¡Estar sentá ahí, con tantas cosas ricas delante, y no catarías!

Chuchi.—¿Cuántos dices? Un golfillo.—Aquellos qu'hay sentaos en la mesa pequeña que tié tantas flores... ¡Míalos! ¡Anda, pos si es el marqués tan esaborio que nos pegó con el bastón cuando tomamos a su portal como el Palace Hotell

Chuchi (pálidamente y apretando los puños con rabia).—¡Canalla...! ¡Si no hubia sabío qu'era mi padre... aquella noche l'abro la cabeza d'una pedrá, por mala sangre que tié!

Un golfillo (asombrado).—¿Qu'es tu padre? ¡Si habías bebido diría qu'estabas tambaleante! ¡Los hay ilusos! ¡Amos, que si lo repites vas a hacer me carcajeé...! ¡Nos ha fastidiado el marqués! (Pausa). Oye, y ese marquésao ¿tié título, por un casual?

Chuchi (tristemente).—Lo tiene; pero pa mí como si no lo tuviera; yo no quiero ser marqués: ¿pa qué?

Un golfillo.—¿Y él sabe que es tu padre? Un golfillo.—¡Claro! ¿No lo va a saber? Cuando mi agüela se fué al otro barrio y yo me quedé solico en el mundo, no m'acuerdo quién me dijo que fuera a verlo. Y yo fui; y entre lágrimas, muertecito de hambre y de frío, le pedí que me diera lo que tuviera voluntad de darme. Le supliqué que, al menos, si no quería tomarme en su casa, me pagara un colegio donde yo m'hubia hecho un hombre... (Cast llorando al recordario). Y él me contestó que sí, qu'era hijo suyo; m'habló de no sé qué prejuicios; estuvo mucho tiempo diciéndome cosas... Y me dijo, también, que no podía hacer ná por mí; que lo sentía porque, al fin y al cabo, era hijo suyo... Al rato salió un vizjo que con unas barbas muy grandes y muy blancas: dicen que es mi agüelo. Pues mi agüelo tampoco quiso oírme y me dijo con mucha rabia y amenazándome con el puño: «¿Este es el bastardo? ¿El hijo d'aquella mala mujer que embaucó a mi pobre hijo? No pío seguir hablando, porque yo al oír que decía aquellas cosas tan feas de mi madre, cogí una cosa de cristal qu'habla con ceniza y colillas de puros encima de una mesa y se la rompí al viejo aquel en la frente. Tó lo había permitido: qu'hablaran mal de mí; que me negaran lo que legalmente dicen que me pertenece; que no me dieran amparo...; en fin, tío. Pero qu'a mi madre qu'era muy buena, qu'era una santa, y si alguna cosa mala hizo fué pecar d'amor, dejarse engañar por el hombre qu'ella quería, la llamaran mujer mala... ¡no! ¡Eso no dejo que lo diga nadie! M'echaron de aquella casa a patás. (Se limpia los ojos con los puños).

Un golfillo.—Amos, no llores, hombre! ¡Parece mentira! (Cast llorando). ¡Los hombres no lloramos! Y menos porque un malvao nos desprecie. Amos a dormir, Chuchi; amos a nuestro Hotell que la noche amenaza agua. (El marqués que cenaba, sale ebrio de vino y lujuria, abrazando a su acompañante. En la puerta se encuentran con los dos golfillos).

La amiga del marqués.—¡Dále algo a esos muchachos! El marqués.—¿A los golfillos estos? ¡Cá! No quiero que les limoanen que dé se les gasten en vicios...

La amiga del marqués.—Mira aquél que simpático parece. Tiene tu misma cara. Anda; dále unos céntimos. Quizá no tendrán donde pasar la noche, tan mala que hace

El marqués (reconociendo a su hijo).—¡Ah! ¿Eres tú? ¿No te tengo dicho que no quiero encontrarte en mi camino? (Le dá un bastonazo; Chuchi ahoga un grito de dolor. La amiga del marqués se quita una sortija y la entrega al desgraciado Chuchi. Unos guardias aciertan a pasar por el lugar de la acción, y oyendo las quejas del marqués asegurando que los golfillos son unos impertinentes, quieren—¡cómo no!—llevarlos detenidos. Los golfillos desaparecen corriendo en las sombras de una calleja próxima. El marqués empuja a la prostituta que le acompaña hasta meterla en un lujoso «auto» que emprende veloz carrera calle abajo. Los guardias continúan su camino. El estrepitoso sonido del jazz-band pone una nota de alegría en la paz provinciana.

Una habitación que demuestra la pobreza de su dueño. Dos o tres sillas rotas; una mesa muy vieja; en las paredes algunos retratos de personajes célebres recortados de los periódicos ilustrados. Al oscurecer.

Un golfillo.—Pos ná, tío Justicia; que como yo sé que es usted mu lelo y mu escribío, dije a éste, digo: «Chuchi, amos a c'at tío Justicia a que vea la manera de poder hacer que tu padre te dé aunque no sea más que la «delustración» que tú quieres. Y, aquí nos tié usté...

Tío Justicia (hablándole con cariño).—¿Y qué quereis que os diga? En eso no podrás conseguir nada. El sirvergüenza de tu padre —y perdona la frase, chico—no te dará nada; lo conozco muy bien: no tiene corazón, no tiene sentimientos... Pero aunque poseyera todo esto, aunque su voluntad hacia ti fuese muy grande, la sociedad, el mundo a que pertenece, en vez de aplaudir su buena acción le retirarían su amistad; huiría de él la gente, y él, seguramente, quiere evitar los prejuicios sociales... Tú seguirás siendo el hijo sin nombre, y la gente, en el caso supuesto de que tu padre te ayudara, te desprendería porque no tienes nombre... Tú, que no tienes culpa de nada, sufrirías viéndote menoscabado por los que siempre tienen por qué callar... No intentes reclamar nada a tu padre. Sigue el camino que la vida te tiene señalado...; procura ser honrado, bueno, laborioso, y a hacer acciones que nadie te pueda recriminar.

Las sombras de la noche invaden la pobre habitación. El tío Justicia sigue dando consejos a los golfillos. Chuchi murmura palabras sordas, mientras en su corazón florece un odio grande hacia la sociedad que lo condena... Entretanto, esa sociedad sin sentimientos, vive «aparentando» felicidad y causando dolor a los infelices...

VICENTE GUERRERO.

CERVECERIA ESPAÑOLA

Exquisitos cafés, ponches y cerveza.

Paseo del Príncipe, 11

Ca Alhambra

Amplias habitaciones.

Servicio esmerado.

Prezios económicos

Real 2

Almería



### La sonrisa del poeta

Enero nos obsequia, espléndido, con una de sus más primorosas mañanas de sol. Un sol tibio, casi primaveral, que presta encantos y pone una nota de optimismo en el ambiente plácido del parque.

Acompañada de unas amigas, dicharacheras y un tanto burlonas, que gozan en satirizar a todo vi- viene, miro compasiva al objeto de sus sátiras, que es un pobre muchacho, que al decir de las gentes es poeta. ¡Poeta! Ahí es nada; ser poeta y tema de conversación de unas cuantas jóvenes, es todo una misma cosa; es decir, no una sola, sino dos: espiritualismo y materialismo, en aparente pugna.

Mis amigas, despiadadamente se burlan de sus versos, y lo miran con fiijeza mientras hablan.

El, iluso, quizá presintiendo una naciente simpatía, sonrte benévolo y hay en su sonrisa una tristeza que yo quisiera descifrar.

Apenas mueve los labios al sonreír, y revela en su rostro el cansancio moral que les aqueja; un desfallecimiento, una laxitud propia de quien ha sufrido o sufre mucho.

Mis amigas, demasiado jóvenes e inexpertas, parlotean con gracejo al ver sonreír al melancólico soñador, que ante las cuartillas mudas y blancas expansiona sus ideales y sus torturas, místico y exaltado, pero anhelante de redención.

Las invito a dejar en paz al ruiseñor de armoñías, que solaza su espíritu en delicadas notas y llena de encanto el monótono compás del tiempo.

Siento admiración por todo poeta. Quizá porque sus dolores se diluyen mágicamente en las diversas estrofas de un madrigal. Quizá porque al ritmo de sus versos, descubren la más escelsa verdad y la más recóndita luz. Sin poesía, el mundo fuera un montón de tierra movediza, próxima a desmoronarse. La poesía es para el mundo lo que el alma para el cuerpo.

El alma, informa, da vida, y presia encanto y movimiento. La poesía sacude al mundo del letargo en que se halla sumido, y le inspira las creencias en Dios; en el amor, en el arte; en todas las cosas que idealizan y embellecen la existencia.

En cualquier objeto incluso en los más materiales, puede hallarse un destello de poesía. Si es la poesía la fuente de la vida y el encanto de todo, ¿por qué ha de ridiculizarse a los poetas, que nos hacen sentir, lo que nosotros materialistas ó elegos, no sabríamos sin ellos definir y ver?

Nos mortificamos de un orador sagrado, que pretendiera demostrarnos con elevadas frases, los luminosos Paraísos de la fe? Nadie; ni aún el más ateo tendría valor suficiente para desmentir al orador que, consciente de su misión, en un párrafo o simplemente desde las páginas de un libro, nos enseñase la vida perfecta.

Ni mucho menos pretendería mortificarse de él. ¿Por qué — me pregunto — ha de verse en la figura triste e ignora de un poeta un pelote grotesco, que ha de servir de escarnio por el mero hecho de poseer un espíritu sensible, capaz de todas las excelssitudes?

Hay día, terminaron ya los poetas de esclavina y cítara, que cantaban sus ensueños bajo la luz argentea de la Luna. Los actuales, son seres que viven como nosotros; mejor aún que nosotros, porque sus almas no se hallan ligadas a este mundo, inferior, canallesco y pródigo en materialismos y perversiones.

Bienaventurados los poetas, porque ellos son el eco sublime de la voz de Dios.

Que estas líneas balbucientes sirvan de tributo al joven poeta que con su triste sonrisa encauzó y abstrajo mi pensamiento por los escabrosos derroteros de la Poesía y el Arte.

Carmela REYES.

### Así debo ser yo

Yo soy como el arroyo: desde que brota, por do va, en cada hoyo deja una gota; que es mi destino dejar gotas del alma por mi camino.

Yo soy como las nubes que los vapores derraman hechos lluvia sobre las flores; mi alma es un vaso que miel vierte en las almas que encuentra al paso.

C. C.

### CURRENTE CALAMO

Tomo la pluma, decidido a escribir mi artículo semanal. Mas de pronto, una duda me salta: ¿sobre qué escribir?

Argumentos no me faltarían, desde luego, para llenar no sólo una columna de ANDALUCIA, sino todo el periódico entero, si fuese necesario; ¡pero me fastidia tanto dar rienda suelta a mi imaginación para urdir una fantástica historia, que, al fin y al cabo no viene a decir nada, ni a resolver ningún problema!

A mí, si hablo con sinceridad, no me acaba de convencer en sentido alguno, eso de escribir cuentos y mas cuentos, cortados todos por el mismo patrón; cuentos rutinarios, de tesis más o menos ampulosas y conclusiones más o menos parecidas.

Bien está que, ciertas veces, para dar expansión a nuestras almas, reflejemos en las cuartillas nuestros recónditos sentires, y desarrollemos un asunto que el público lector conoce de sobra para que se interese por él. Pero una cosa es usar y otra es abusar.

¿A qué conduce esa producción desmedida de literatura barata que nos ahoga y sofoca bajo la verbosidad pasional e inagotable de sus autores? ¿para qué tanto ¡amor mio, ¡cachito de cielo! y otras san deces por el estilo, que solo puede emocionar a una vulgar «menegilda» o a un enamorado, cado? ¿Lasílima que ciertas plumas muy aceptables se dediquen a malgastar tiempo y cuartillas de forma tan inútil.

Para escribir así, es preferible no escribir. Ya que el que escribe es intelectual, debe demostrar su sentido común dando otro giro más práctico a la idea que lo movió a emborronar papel.

Aquí, en Almería, hay muchos, infinitos, problemas a resolver que aguardan pacientes a que alguien venga a exhumar su recuerdo; y de este modo estarán todos los días, mientras que nosotros nos entretenemos en escribir vanidades, que nadie se ocupa en leer.

Por ser ese un parecer, afasíar-me la duda a que aludía al comienzo de estas líneas; desecho, por consiguiente, la idea de dar la «clax» a los benévolos lectores, con una narración en la que predominase las «ellas» de aureos cabellos y ojos soñadores y los «ellos» melosos, con un repertorio de frasecitas de lo más florido del diccionario galante.

Quedarme, pues, la de hablar de otros asuntos, áridos, sí, pero al menos que conducirán a un fin determinado y práctico. Y ya que la extensión de mis divagaciones, no me permiten por hoy particularizar sobre algún problema urbano o provincial, que son los que verdaderamente deben preocuparnos, sirva al menos estos renglones, en los que no quiero que nadie vea alusión directa, como estímulo para aquellos compañeros que hasta hoy no hicieron nada útil de su pluma.

Isidro NAVARRO.

### NUESTROS CUENTOS

## EN LA COMISARIA

(Rigurosamente histórico)

Corría el mes de Enero de 19... Por la calle de Carretas y adyacentes de la Villa del Oso y del Madroño, la muchedumbre perseguía a un hombre, gritando desafortadamente:

—¡A ésel! ¡A ésel! ¡Detenedlo!

Al fin el ladrón cayó en manos de dos agentes de Vigilancia, que al oír las voces de la gente acudieron presurosos desde la Puerta del Sol, donde se hallaban prestando servicio.

La gente rodeaba al detenido y a sus aprehensores y amenazaba al primero con los puños llenándole de denuestos.

De entre los grupos salió una mujer y dijo con voz airada:

—¡Señores Agentes, ese hombre acaba de robarme mi bolso de oro!

—Tenga Vd. la bondad, señora, de acompañarnos a la Comisaría, para presentar la correspondiente denuncia — contestó uno de los agentes.

Los agentes, el ladrón y la señora robada, se pusieron en marcha hacia la Comisaría, situada en aquel entonces en la Travesía de Moriana n.º 4, siendo seguidos de buen número de personas.

Por el camino, la señora no dejaba de quejarse, y en sus lamentaciones decía dirigiéndose a los agentes:

—La Policía debería prender a todos estos bandidos y enviarlos a una isla desierta, sin que quedara uno en todo Madrid.

El acusado no contestaba ni una sola palabra. Tenía el aspecto de un mendigo muerto de hambre. Había visto brillar el bolso de oro y se lo había arrebatado de las manos a la señora denunciante.

Uno de los agentes contemplaba el bolso de oro, que había encontrado debajo de la blusa del ladrón, al registrarle en cuanto lo detuvieron.

Al cabo de unos instantes de hallarse en el local de la Comisaría el acusado, sus aprehensores y la señora denunciante, apareció en el umbral de la puerta de su despacho, el Comisario de Policía despidiendo a una señora decentemente vestida, que en su rostro dejaba entrever que se hallaba sumamente disgustada.

—¿Qué quiere usted señora — decía el Sr. Comisario — esto ocurre con mucha frecuencia...

Los ladrones no suelen traer consigo los objetos robados, pues en cuanto los sustraen los entregan al «tapia», mejor dicho para que usted lo comprenda; se los entregan a otro tuco como ellos que opera conjuntamente, para que si se le detiene no se le pueda encontrar la prueba del delito y así safarse de la responsabilidad criminal que de otra forma les alcanzaría!

—¿Qué desgracia la mía! — exclamaba la señora. He perdido en un instante mi bolso de oro, un reloj, un brazaletes y una sortija que iban dentro del bolso.

—¿Qué vamos a hacer, señora! — repuso el Comisario; a los pies de usted...

—¡Mi ladronal — exclamó de repente la elegante dama, al reparar en la mujer que acababa de llegar instantes antes con los agentes y con el detenido. — ¡Ahí la tiene usted, señor Comisario! Estaba yo sentada en una grantería de la calle de Carreras probándome unos guantes, con mi bolso en la falda. Esa

mujor que estaba en la tienda me lo arrebató y salió a la calle corriendo precipitadamente. La reconozco muy bien y reconozco también mi bolso, que es el que tiene ese señor en la mano — continuó señalando a uno de los ya citados agentes.

La sorpresa fué general y el ladrón no pudo contener una maliciosa sonrisa.

La mujer acusada trató de defenderse contra tal afirmación.

—Esta bolsa me pertenece, señor comisario. Esta señora no sabe lo que se dice. ¿No puede haber dos bolsos iguales?

—Ahora veremos — dijo el Comisario, cogiendo el bolso de manos del agente. — ¿Qué hay en esta bolsa señora? — preguntó a la acusada.

—Un reloj — contestó ésta.

—Eso es fácil de adivinar — observó la segunda señora — Yo misma acabo de decirlo hace un momento, al aperebirme del robo.

—¿Cómo es ese reloj — insistió el Comisario.

—De oro — contestó la interrogada.

—Guarnecido de brillantes — rectificó la dama elegante.

El Comisario sacó el reloj. La segunda dama tenía razón.

—¿Y el brazaletes?

—Con brillantes — dijo la una.

—No — dijo la otra — de oro, completamente liso. También estaba en lo firme.

—¿Y la sortija?

—No lo sé — contestó la interpelada dándose por vencida.

—¿Hay más? — añadió el Comisario.

—Sí, señor — dijo la elegante dama; — mi pañuelo con mi nombre bordado «Elvira», y además una carterita pequeña, de piel, con 40 pesetas dentro, 25 en un billete y 15 en plata.

El Comisario contó el metaliño y examinó el pañuelo, diciendo: Exactamente. Ahí tiene usted su bolso, señora y todo lo que contiene. Déjeme usted la dirección de su domicilio, para cuando se necesite su declaración.

La señora dio las señas de su domicilio y se retiró en extremo satisfecha y agradecida a las atenciones del Sr. Comisario.

El Comisario hizo entrar en su despacho al ladrón y a la ladrona, con objeto de interrogarles.

En tal menester se hallaba cuando un ordenanza pasó una tarjeta al Comisario, que acababa de entregarle un caballero recién llegado y que pretendía verlo con toda urgencia ¡Que pase ese caballero!

Pasó el recién llegado, a quien dijo el funcionario: Me perdonará usted que le advierta que no puedo conceder a Vd. más que un minuto de audiencia, porque estoy sumamente ocupado con unas declaraciones.

—Terminaré muy pronto, señor Comisario — repuso el caballero. — Yo soy joyero, de la Carrera de San Jerónimo. Hará próximamente dos horas, entré en mi tienda una mujer joven, bonita y elegante con el propósito, según dijo, de comprar varios objetos para un regalo. Como la ví tan elegante y con tipo de señora, la enseñé lo mejor que tenía en mis escaparates, con objeto de que escogiese. Lo miró todo detenidamente y me dijo que ya volvería. Retiróse y no

tardé en notar la desaparición de un bolso de oro, de un reloj guarnecido de brillantes, de un brazaletes de oro completamente liso y de una sortija de oro con una esmeralda. Considero perdido todo a menos que una casualidad.

—La casualidad ha existido, señor mío — repuso el Comisario; — pero ha venido usted tarde a denunciar el hecho; ha sido usted robado tres veces, y si se hubiese usted presentado minutos antes en esta Comisaria hubiera usted recobrado sus alhajas.

Acto continuo refirió el Comisario al joyero la sorprendente historia del bolso de oro y su contenido.

El ladrón se echó a reír a carcajadas.

—¡No está Vd. aquí para divertirse! — gritó colérico el Comisario.

El Comisario llamó en el acto a dos agentes y ordenó que fueran inmediatamente a casa de la señora que recuperó el bolso que momentos antes robara ella en la joyería, y que la traerán inmediatamente detenida a la Comisaria.

A los pocos momentos, regresaron los agentes y dijeron: La dirección dada por ella es falsa, Sr. Comisario.

—Era de suponer — murmuró el Comisario. ¡Pero, calla! ¿Dónde está la otra?

La ladrona se había fugado aprovechando el barullo natural reinante en la Comisaria por hecho tan inólito. No quedaba allí más que el ladrón.

Al cabo de unos meses fue éste condenado a tres años, dos meses y un día de prisión correccional.

Y al escuchar su sentencia exclamó con indecible cinismo:

—¡En lo sucesivo robaré a las personas honradas, si es que las encuentro, cosa que me parece sumamente difícil!

Luis de CASTRO,

Almería

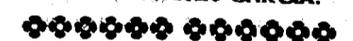


### RAPIDA

Anoche. Tu busto de muñeca se dibuja confuso en la ventana. Te reprocho, me mimas y me ruegas mientras cae de tus ojos una lágrima.

Su huella con mi labio desaparece, y una dulce sonrisa le aureola... Lo decore una nube, y en sus pliegues la Luna nos bendice protectora.

Modesto GARCIA.



### CONSULTORIO

En esta sección, nuestro compañero «Lonay», contestará, en serio o en broma, a todas aquellas preguntas que se le hagan, reservándose, desde luego, el derecho de echar al cesto las que se hagan incontestables por la idea que lleven envuelta.

Dichas preguntas, que deben ser enviadas a nuestra Redacción, Marcos 7, a nombre de nuestro Director, llevarán en un ángulo del sobre las siguientes palabras: «Para el Consultorio de Lonay», con la expresa condición de que sólo consten de una parte a responder.



En vista de las numerosas peticiones que nos hacen de la provincia, para que los consideremos como suscriptores, rogamos que dirijan la correspondencia a nuestra Administración, Jorge Juan 9 y así serán servidos con regularidad.

Igualmente consideraremos suscriptores aquellos que reciba el periódico y no lo devuelva

### ROQUE MORILLAS

Gran surtido en Quincallas. Altas novedades en toda clase de Avalorios.

Precios sin competencia. Calle de las Tiendas, esquina a la plaza de Bermúdez)



PRUEBE V. MUY MISMO.

